

pejar á todos sus generales, quedándose á solas con Velarde.

Velarde comprendió perfectamente las intenciones del gran duque, quien levantándose y variando enteramente de tono,

—Señor Velarde,—dijo,—acabais de faltarme dos veces seguidas: debia castigaros, pero ya lo veis, prescindo de mi categoría y os proporciono medios para que os expreséis con entera libertad.

—Doy gracias á V. A., gran duque,—respondió Velarde,—pero siento ignorar el móvil del favor que acabais de concederme.

Murat guardó un momento silencio, y luego repuso:

—Con la presencia de mis generales, tendria que conducirme de otro modo: me veria obligado á haceros comprender que me debeis obediencia:

—Monseñor...

—No vacileis, Velarde, y respondedme: hace algun tiempo os tenia por un amigo mio: decid, ¿me engañaba ó no en mi creencia?

—No, no se engañaba V. A.; porque entonces...

—¿Qué?

—Entonces admiraba al general Murat como á un valiente caudillo, como al que fué terror de los indómitos cosacos... Apreciaba tambien á V. A. como á un aliado de España... como á su amigo...

—¿Y ahora?

Pedro Velarde guardó silencio.

—Y ahora,—repitió Murat,—¿no me teneis ya por aliado y amigo?

—No, monseñor,—respondió Velarde,—antes bien he

cambiado totalmente de opinion: los sucesos hacen variar los sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Gran duque: permitidme que guarde un respetuoso silencio.

—No, Velarde, hablad: no os lo mando como superior; pero os lo ruego.

—Pues bien, gran duque: desde que los sucesos de algunas provincias han llegado á mi noticia, tengo al ejército francés por enemigo de mi pátria, y tambien desde entonces profeso un ódio mortal á todo lo que lleva el nombre francés.

—¿Eso quiere decir que sois mi enemigo?

—He tenido la honra de ser franco y de decir la verdad á V. A.

—¿Y qué necesitaria yo hacer para recuperar vuestra amistad?

—Para el emperador bien poca cosa, monseñor; para mí que en tanto aprecio la libertad de mi pátria, tendreis que hacer mucho.

—¿Qué tendria que hacer, Velarde? acabad.

—Repasar la frontera.

—Y sin eso...

—Tendreis siempre el más encarnizado enemigo en el mismo que algun dia fué vuestro admirador.

Joaquin Murat guardó un prolongado silencio é inclinó su cabeza en actitud de meditar. Sin duda la contestacion categórica y leal del artillero le habia inspirado serias reflexiones.

Velarde permanecié tranquilo esperando á que el duque de Berg volviese á dirigirle nuevamente la palabra.

Este no se hizo esperar mucho tiempo, y como si hu-

biera evocado un recuerdo cuya importancia le preocupase.

—Comprendo ahora, —dijo Murat, —la razon por qué tratábais de poner á Madrid en estado de defensa.

—¡Gran duque! —exclamó Velarde sorprendido.

—No lo negueis, capitan, todo lo sé. Hace muy pocos dias habeis presentado al ministro Ofarril un plano de defensa para el caso, segun vos probable, de una agresion por parte de las tropas francesas... ¿A qué negarlo? Velarde: teneis una noble cualidad que me complazco de admirar en vos: la franqueza: usadla hasta el fin.

—Pues bien, gran duque, es cierto, he hecho y presentado ese plano al ministro; más no podré ménos de manifestaros que me indigna, que me extraña sobremanera que Ofarril sea tan mal depositario de un secreto semejante. Confieso que sino teneis, gran duque, las simpatías del pueblo, en cambio debeis congratularos de tener en las autoridades tan celosos servidores.

—¿Y no podreis mostrarme ese plano, Velarde? Tengo curiosidad grande por conocerlo.

El capitan sonrióse amargamente por tan extraña exigencia y respondió á Joaquin Murat:

—Monseñor, aunque para nada sirve ya mi plano, debo advertir que nadie sino el ministro de la Guerra debió mirarlo y conocerlo con interés: no ha querido admitirlo, sin embargo de que lo consideró utilísimo: puedo aseguraros de que nadie, y mucho ménos el general Murat, examinará de hoy más mi desatendido é inútil trabajo.

—Pues bien: no me negareis ahora que abrigais intenciones hostiles hácia nosotros.

—He tenido ya el honor de confesaros mi aborrecimiento, gran duque.

—¿Y continuais siendo amigo?

—Dentro de Madrid, no; si pasais de la frontera sin haber costado una gota de sangre, una lágrima sola á esta nacion; entonces, monseñor, recobrareis las simpatías del capitan Velarde, con sus simpatías su admiracion.

—¿Segun eso, abrigais temores acerca de las intenciones del emperador?

—Y muy fundadas.

—¿En qué os fundais, pues?

—En los hechos, monseñor, en los desafueros de que ya han sido víctimas algunas plazas de España: la alianza se trueca en conquista.

—Os engañais, Velarde, os engañais.

—¡Plegue á Dios que así sea, gran duque!

Nuevo silencio volvió á interrumpir á ambos personajes.

Velarde, conservando su actitud reposada pero altiva.

Joaquin Murat, denotando en su rostro la agitacion de su mente preocupada por sombrías ideas.

Por fin salió de su meditacion el duque de Berg para preguntar á Velarde con extraña curiosidad:

—Suponiendo que vuestros temores sean ciertos, ¿qué es lo que podria hacer, qué es lo que haria España?

—¿En qué caso, monseñor?

—En el de una lucha.

—Se batiria.

—¿Con qué fuerzas, Velarde?

—Con sus fuerzas propias.

—¿Pero no recordais que poseo un ejército numeroso y aguerrido?

—Bien lo sé, monseñor.

—En ese caso comprendereis que al empeñarse España

en una lucha, quedaria aplastada bajo el peso de las águilas francesas.

Un relámpago de entusiasmo ardiente, y una desdeñosa sonrisa, fueron la respuesta que dió Velarde al caudillo francés, el cual, conociendo el significado de aquella sonrisa, volvió á preguntar con visible impaciencia:

—¿Os atreveis á dudarlo?

—Sí, monseñor.

—Explicaos.

—Monseñor: no olvidaré nunca que los soldados de Napoleon cuentan casi por victorias sus batallas.

—¿Y bien?

—Hasta ahora la balanza de esas victorias continúa firme para el gran conquistador.

—¿Y esa balanza?

—Esa balanza podrá inclinarse algun dia.

—¿A favor de quién, Velarde?

—No será á favor de las águilas francesas.

—¿Contra quién se inclinará, pues?

—Contra el emperador de los franceses.

—¿Y quién está llamado á inclinar nuestra balanza en tan desfavorable sentido?

—¿Quién, monseñor?

—Sí, ¿quién?

—España, ¡gran duque!

Joaquin Murat, que con tanto rodeo habia buscado esta concluyente afirmacion del artillero, soltó una estrepitosa carcajada.

Pero se repuso, y dijo escusando con la mayor galantería semejante modo de expresar su incredulidad:

—Perdonadme, Velarde, pero acabais de convencerme de que al lado de Napoleon un oficial de vuestras cualida-

des nada comunes, empuñaría ya el baston de mariscal del imperio. Tal y tan serenamente acabais de asegurar lo que ya seria maravilla.

—Y sin embargo, monseñor, esa maravilla, si llega tan desgraciada ocasion, la vereis realizada,—respondió con aplomo el capitan Velarde.

—¡Mucha sangre costaria á la España!

—Eso mismo, gran duque, me dá completa seguridad de lo que os digo; porque precisamente para los españoles se hace infalible la victoria desde que han empezado á derramar su sangre. Un español que muera en el campo de batalla, no queda fuera de combate, si ha luchado por su independencia; ¡ojalá no llegueis á ver algun dia cómo nuestros cadáveres pueden ser aun más terribles desde la tumba, de la que se levanta siempre su memoria con el grito de venganza!

Murat contempló con admiracion el inspirado y noble rostro del artillero, á quien alargó cordialmente la mano, diciéndole con voz que nada tenia ya de su anterior impertinencia:

—Creedme, Velarde; siento en el alma que hayais dejado de ser mi amigo; pero conozco vuestra firmeza, y solo me queda el consuelo de admiraros: id seguro de mi aprecio.

Luego, cambiando de tono, añadió alegremente:

—Cuenta, señor capitan, con que no volvais á maltratar el brazo de otro de mis oficiales: quince dias de curacion me los hace holgazanear, y me disgusta que los empleen contra mi voluntad en elogiar el temple de vuestra espada.

El artillero dió gracias al gran duque, y se despidió diciendo:

—Basta con que V. A. haga justicia á su valor recomendándoles que lo empleen con serenidad.

Joaquin Murat se mordió los labios al conocer la pulla; pero acompañó á Velarde con uno de sus más corteses y risueños saludos.

En seguida llamó.

El general Belliard acudió á la voz del gran duque.

CAPITULO XV.

El barón del Pino.

A las cinco de la tarde de aquel mismo día, un carruaje de posta tirado por seis briosas mulas se detenía frente á la casa de Eugenia, en la calle del Prado.

Un criado abrió la portezuela y el viajero saltó á tierra con ligereza, dando órden de que inmediatamente se remudára el tiro para volver á partir.

En seguida subió precipitadamente y de dos en dos los escalones, deteniéndose en el piso principal.

A la entrada de la escalera le esperaban ya dos criados de la casa.

Eugenia le esperaba tambien, y apenas divisó al barón le tendió la mano con extraordinario júbilo.

—Por fin has venido,—murmuró cariñosamente la madre de María, conduciendo á su futuro hasta el salón.

—Y ya lo véis,—respondió el barón,—mi primera visita ha sido para tí. Pero tendré el sentimiento de dejarte pronto.

—¿Pues cómo?
—Dentro de hora y media, ó dos á lo más, regresaré á Villaviciosa.

—¡Tan pronto!

—Es preciso, querida Eugenia; la suerte del Príncipe de la Paz vá á decidirse, y nunca como hoy podemos salvarle del furor del populacho que dificilmente le respetaria en su misma prision. Las tropas francesas le servirán de garantía contra cualquiera conflicto.

—¿Y hay esperanzas de sustraerle al poder de la Junta?—preguntó Eugenia.

—Y tantas que me prometo llevar hoy mismo al príncipe la noticia de su traslacion á Francia.

—Pero tal vez en el camino...

—¡Bah! pierde todo cuidado: el gran duque de Berg le mandará escoltado suficientemente, y los que intentáran oponerse al paso, pagarian bien caro su atrevimiento. Felizmente para nosotros, tenemos á nuestro favor la fuerza contra todas las eventualidades.

—Te recomiendo, baron, que uses de todas cuantas precauciones son hoy necesarias.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la *canalla* de Madrid está muy prevenida.

Y Eugenia acentuó la palabra *canalla*, con una expresion en que pretendia demostrar todo su aristocrático disgusto.

—Descansa, y no hablemos más del asunto. ¡Ah!... lo habia olvidado, ¿y tu padre, Eugenia?

—Tan impertinente como de costumbre. De algunos dias á la fecha no se le puede resistir...

—¿Pues cómo es eso?

—Tambien se la echa de profeta, y ha dado en aficionarse á los vaticinios lúgubres; siempre tiene en su boca

la palabra *pátria*, el *extranjero* y otras chochees por el estilo.

El baron del Pino celebró con una sonora carcajada las noticias que Eugenia le daba sobre su padre.

Esta continuó:

—Anoche, despues de una larga disputa que sostuve con él, me amenazó terriblemente.

—¡Que te amenazó dices!...

—Sí, y casi le tuve miedo, me dijo que yo me iba haciendo afrancesada, y que si llegaban á confirmarse sus temores me mataria por sus propias manos.

—No hagas caso, Eugenia: tu padre vá tocando ya sin saberlo á la segunda niñez, á la niñez de los noventa años: como todos los viejos señores tiene su fanatismo; y así, no es extraño que ahora eche por ese lado.

—Sin embargo,—replicó Eugenia,—muchas veces creo que habla del modo más formal del mundo. Tiene al dedillo todas las ocurrencias y noticias del dia, y habla de golpes de mano, de alzamientos, de medidas preventivas... Además, casi todo el dia permanece fuera de casa, y desde que sale el sol parece como que en su gabinete le punzan...

—¿En qué se ocupa, pues?

—Yo no lo sé á ciencia cierta, pero se le vé frecuentemente acompañado por hombres de mal pelage; cosa que sobre su inconveniencia temo ha de concluir acarreándole algun disgusto.

—Es preciso apartarle de ese camino, Eugenia.

—¿Y cómo? si le hablo de semejante asunto, corro el peligro de que se afirme en su creencia de que soy afrancesada y anti-española.

—Bien, á mi vuelta tomaremos nuestras medidas y con-

seguiré desengañarle. Pero el tiempo es precioso, apenas me quedará tiempo para informarme de lo que ocurra en el asunto del príncipe y volar á participárselo: vive en una ansiedad cruel.... Así, Eugenia mia, perdona que te abandone por el servicio de los reyes y de mi amigo el príncipe: á mi regreso volverás á tenerme á tu lado con más frecuencia; ahora... adios... querida mia: ten confianza y no hagas caso alguno á las chocheas de tu padre...

Ambos amantes se dieron un estrecho abrazo y Eugenia preguntó al del Pino.

—¿A dónde vas ahora?

—A ver al gran duque de Berg.

—¿Y despues?

—Despues, sin detenerme un solo momento reventaré mis caballos hasta llegar á Villaviciosa. No sé cuanto tiempo me detendrá Murat; pero mi cochero se encargará de compensarlo. ¡Adios, Eugenia!

—¡Adios, baron! que vuelvas felizmente.

Y volviendo á abrazarse los futuros consortes, el baron abandonó precipitadamente la estancia y llegó con notable ligereza al portal.

El criado le esperaba ya.

—¿Has ejecutado mis órdenes?

El criado respondió afirmativamente señalando al tiro del carruaje.

—Pues desde aquí no te detengas hasta la casa que fué del Príncipe de la Paz... ¿Recuerdas?

—Sí señor,—respondió el criado:—la que hoy habita el general francés.

El baron del Pino subió á su carruaje que arrancó veloz entre el ruido de las campanillas y los trallazos que sin cesar daba el cochero.

Habíamos dejado al duque de Berg con el jefe de su estado mayor general Belliard.

Este, que desde la antecámara acababa de oír todo cuanto se había hablado, entró interrogando á Murat con una mirada llena de sumision y de solícito interés.

Creyendo encontrar enojado al gran duque, á pesar de las frases benévolas y amistosas dirigidas por él á Velarde, se asombró de verle asaz preocupado y un si es ó no es abatido y pensativo.

Viendo que para Murat trascurría el tiempo sin dar señales de abandonar su actitud preocupada, Belliard le recordó que esperaba sus órdenes.

El gran duque se pasó una mano por su espaciosa frente como para borrar una idea que le contrariase, y dijo á Belliard casi maquinalmente:

—Lástima grande, Belliard, que mi cuñado el emperador no hubiese conocido á ese bravo capitán.

—¿De quién habláis, monseñor? le preguntó Belliard oficiosamente y como si no comprendiera de qué se trataba.

—¿De quién he de hablar; vive Dios!—exclamó Murat con voz de trueno,—¿de quién sino del capitán Velarde? A ser amigo del emperador ese jóven, á contar con la adhesion de un capitán español tan entendido y valiente, algo ganaría el imperio en la Península.

—Monseñor,—observó Belliard como pretendiendo consolar al gran duque del pesar que este demostraba por no poseer lo que decia:—V. A. honra demasiado á ese jóven: es un oficial oscuro, sin la menor importancia y que de nada podría servir al poderoso brazo de V. A. ni á los fines de S. M. el emperador.

Murat envolvió en una mirada de fiero reproche al

general que así contradecía su opinion, y dijo con una irónica sonrisa que hizo más punzantes y ofensivas sus palabras :

—Veamos: ¿creeis valer vos más que él, Belliard?

Este no se atrevió á responder una sola palabra, porque creia ver vagar por los labios de Murat, trás aquella intencionada pregunta, una de las injurias á que con tanta frecuencia se abandonaba el irascible duque de Berg, el cual preguntó de nuevo:

—Y bien... ¿no me respondeis?—Yo lo haria por vos; pero antes quiero que me digais si ese hombre que considerais oscuro y falto de importancia, porque no empuña como vos un baston de mando, quisiera me dijéseis, Belliard, á qué precio seria posible adquirir la adhesion de ese hombre.

—Monseñor...

—Responded, Belliard, responded segun vuestro sentir.

—Pues bien, pensando yo por esta sola vez de distinto modo que V. A. I., creo que ese capitán, por mucho que le realceis, lo hariais vuestro á muy poca costa.

—¿Cómo? explicaos.

—Ofreciéndole la poderosa proteccion de S. M. I.

—¿Y qué proteccion le ofreceria mi cuñado que á Velarde pudiese satisfacerle? ¡Grados, honores!

—Méenos, monseñor: Velarde no es rico...

El gran duque de Berg prorumpió en una sonora carcajada que confundió hasta ponerle pálido al general Belliard.

—¡Conoceis muy poco á los hombres, querido general!—exclamó,—¿sabeis qué recompensa puede estimular el corazon de ese jóven y humilde oficial, como vos le llamais?

Belliar balbuceó algunas frases incoherentes y Joaquín Murat prosiguió:

—Pues al capitán Velarde no le satisfarán nunca los favores de un poderoso; ahí teneis la reina de Etruria capaz de vender á su patria porque le cedamos un quignon de Portugal; pues si mi cuñado conociese á fondo el carácter de ese capitán, se guardaria de cederle su reino de Italia por un solo palmo de territorio español: no lo olvideis nunca, Belliard: Velarde está formado de la materia de que Dios hace los héroes; y ya sabeis que los héroes ambicionan algo más que diademas, porque ambicionan la inmortalidad que se adquiere con la veneración de un pueblo: él tiene, como todos los que se le asemejan, el presentimiento de la posteridad.

Un ugiér vino á interrumpir en este momento á Murat en su apología.

—El barón del Pino,—anunció.

El duque de Berg mandó que le introdujesen y añadió dirigiéndose al atónito Belliard.

—Hé aquí uno que no tiene escrúpulos de vender á su patria por ménos precio del que proponíamos al hablar de Velarde: ese buen barón nos la vende solo para llevar una buena dote á su esposa.

El aludido saludó rendidamente á Murat, y este le recibió con aparente afabilidad.

—Acabo de llegar desde Villaviciosa.

—¿Y el Príncipe de la Paz?—preguntó Murat.

—Traigo el encargo de hacer en su nombre presente á V. A. toda la gratitud de que se halla poseído por el interés que ha demostrado siempre en su favor. El príncipe queda en una viva ansiedad esperando las órdenes de V. A.

—¿Pensais verle pronto, baron?

—Hoy mismo vuelvo á su lado.

—Pues le llevareis una nueva de todo punto satisfactoria.

—¡Cómo!... tal vez ya...

—Cuando el Príncipe de la Paz guste hacerlo, podrá verificar su viaje, con las precauciones que ya le indiqué al tratar de esto.

—¿Será posible, monseñor?

Joaquin Murat tomó un papel de sobre su mesa de despacho, lo desdobló y leyó.

Era una copia de la resolución de la Junta de gobierno para la entrega del Príncipe de la Paz al general francés, quien estaba encargado de remitirle á Francia con la *seguridad conveniente*.

Hé aquí el documento que Murat leyó al baron del Pino:

«El rey nuestro señor haciendo el más alto aprecio de los deseos que el emperador de los franceses ha manifestado de disponer de la suerte del preso D. Manuel Godoy, escribió desde luego á S. M. I. mostrando su voluntad de complacerle, asegurando S. M. que el preso pasaria inmediatamente la frontera de España, y que jamás volveria á entrar en ninguno de sus dominios.

»El emperador de los franceses ha admitido este ofrecimiento de S. M. y mandado al gran duque de Berg que reciba el preso y lo haga conducir á Francia con escolta segura.

»La Junta de gobierno, instruida de estos antecedentes y reiterada expresion de S. M., mandó ayer al general, á cuyo cargo estaba la custodia del citado preso, que lo entregára al oficial que destina para su conduccion el

»gran duque. Madrid 21 de abril de 1808.»

Murat volvió á doblar el papel y lo entregó al baron del Pino, diciéndole:

—Aun podeis anticiparos á las órdenes que se expedirán al general encargado de su custodia; pues que aquellas, por miras particulares, tardarán aun dos ó tres dias en comunicarse: he hecho adelantar la fecha de ese documento. Decid en mi nombre á Godoy que le deseo la más pronta tranquilidad al lado del emperador y del rey Cárlos y su esposa, quienes verificarán muy pronto su viaje á Bayona.

El baron del Pino hizo grandes votos por la salud y prosperidad del emperador, hizo tambien una igual oracion á Murat, y saludando con amistosísimo ademan al general Belliard, abandonó aquella estancia donde tantos horrores se fraguaban contra la malaventurada y afligida patria.

Cuatro minutos despues su carruaje partia con la velocidad del rayo hácia el castillo de Villaviciosa, donde permanecia prisionero el funesto y tan aborrecido Godoy, bajo la custodia y vigilancia del general marqués de Castelar.

CAPITULO XVI.

La casa del conde de M...

Hemos adelantado algunos dias.

Aunque el corazon se oprime al acercarse á la parte más culminante y gloriosamente terrible de nuestra historia, preciso es que obedezcamos á la imperiosa necesidad del tiempo.

Por demás doloroso es desenvolver nuestro drama, precisamente cuando se acerca el dia memorable de escenas tan desgarradoras como las que habremos de presenciar.

Ya no quedaba lugar alguno á duda: el pueblo de Madrid habia perdido su última ilusion, la última esperanza capaz de contenerle. Los pueblos más ciegos y confiados no pueden desconocer por mucho tiempo la evidencia de los hechos, ni lo que estos significan cuando se relacionan intimamente con sus intereses y su tranquilidad.

Una tras otra piedra arrojada en un mismo punto, llegan á formar por su continuidad y aumento sucesivo, an-

dando el tiempo, una montaña inaccesible.—Así aconteció á Madrid en aquellos inolvidables momentos de azar y confusion, que dieron á España eterno luto y más eterna gloria.

Despues de todo, la presion que Napoleon Bonaparte, por medio de su fiel representante Joaquin Murat, ejercia en los actos y deliberaciones de la Junta de gobierno, colmó la medida de la paciencia pública. Poco habia de tardar en cometer con esta el memorable atropello de que más adelante hablaremos.

Verdad es que desde su instalacion fué débil la Junta, pues la sombra de Murat habia conseguido agotar en los miembros que la componian el último destello de virtud, de resolucion. Verdad es tambien, que al ser constituida por el rey Fernando para que gobernára en ausencia de este, perdió todo su escaso prestigio, dando oidos á las órdenes del ex-rey Carlos; pero aun así, en la imposibilidad de organizar entonces un poder sólido que tuviese la más pequeña iniciativa, dicha Junta parecia garantir en lo posible las instituciones pátrias.

Las tramas de la reina madre y de su hija la reina de Etruria, por facilitar á su tierno vástago la restitucion ó la compensacion de la corona que le habian arrebatado, no eran ya un misterio para nadie.

El expreso que por orden de Murat envió la referida Junta al marqués de Castelar para la entrega del prisionero Godoy, llegó tambien á ser conocido, así como su verificado viaje á Francia. Uno de los miembros de aquella corporacion, el anciano D. Francisco Gil y Lemus, se habia opuesto con todas sus fuerzas, aunque inútilmente, á esta y otras resoluciones que tanto debian favorecer los planes de Napoleon.

Respecto á Fernando VII, ya no cabia ningun género de duda sobre su suerte: era prisionero del emperador.

El viaje de los reyes padres debia verificarse tambien á Bayona: y siempre con la muletilla ó pretexto de *ver á su caro aliado*, la familia real de España iba bien pronto á entregarse voluntariamente en las garras del francés.

Era una de las últimas noches de abril de 1808, y en un salon de la casa del conde de M... se hallaban reunidas más de cincuenta personas de todas las condiciones y edades.

Personajes de elevada posicion social, hombres pertenecientes á esa clase llamada inferior del pueblo, y algunos militares de diversas graduaciones confundidos entre la multitud que llenaba la estancia.

Entre los primeros, esto es, entre los paisanos, veíase al amante de María, D. Enrique, á su leal amigo el tio Colás y al Maestro, que despues de una ausencia de algunos dias, acababa de llegar desde la frontera acompañando al magistrado D. Justo María Ibarra, ambos procedentes del mismo Bayona.

Don Pedro Velarde y el teniente Ruiz pertenecian al número de los militares.

Entre estos hallábase tambien uno del cual no nos hemos ocupado hasta ahora, por figurar únicamente en una escena la más importante de nuestra historia.

Era el capitán de artillería, de glorioso nombre, don Luis Daoiz.—Por una de esas coincidencias providenciales se hallaban allí reunidos los dos nombres, DAOIZ Y VELARDE, que habian de simbolizar el primer grito de independencia en que á su ejemplo profumó la nacion entera.

Aquellos cincuenta ó sesenta hombres allí congregados, á excitacion del conde de M..., se ocupaban de las últimas

noticias recibidas de Bayona, por conducto del expresado Ibarneuo (1).

(1) Estractamos los siguientes párrafos de una carta que acerca de esto dirigió D. Justo María Ibarneuo con fecha 27 de setiembre de 1808 al Illmo. Sr. D. Antonio Arias Mon y Velarde.

«El emperador de los franceses queria exigir imperiosamente del rey D. Fernando VII que renunciase por sí y en nombre de la familia toda de los Borbones el trono de España y todos sus dominios en favor del mismo emperador y de su dinastía, prometiéndole en recompensa el reino de Etruria: que la comitiva que habia acompañado á S. M. hiciese igual renuncia en representacion del pueblo español: que desentendiéndose Su Magestad Imperial y Real de la evidencia con que se demostró que ni el rey ni la comitiva podian ni debian en justicia acceder á tal renuncia, y despreciando las amargas quejas que se le dieron por haber sido conducido S. M. á Bayona con el engaño y perfidia que carecen de ejemplo, tanto más execrables, en cuanto iban encubiertos con el sagrado título de amistad y utilidad recíproca afianzadas en palabras las más decisivas y terminantes, insistia en ella sin más razones que dos pretextos indignos de pronunciarse por un soberano que no haya perdido todo respeto á la moral de los gabinetes y aquella buena fé que forma el vínculo de las naciones. Redúcese el primero de dichos pretextos á que su política no le permitia otra cosa, pues que su persona no estaba segura mientras que alguno de los Borbones enemigos de su casa reinase en una nacion poderosa; y el segundo á que no era tan estúpido que despreciase la ocasion tan favorable que se le presentaba de tener un ejército formidable dentro de España, ocupadas sus plazas y puntos principales, sin nada que temer por la parte del Norte, y en su poder las posesiones del rey y del señor infante D. Carlos; ventajas todas bien difíciles para que se las ofreciesen los tiempos venideros. Que con la idea de procurar dilaciones, y sacar de ellas el mejor partido posible, se habia pasado una nota dirigida á que se autorizase un sugeto que explicase sus intenciones por escrito pero que cuando el emperador se obstinase en no retroceder, estaba S. M. resuelto á perder primero la vida que ceder á tan inicua renuncia: que con esta seguridad y firme inteligencia procediese la Junta en sus deliberaciones. «Y habiendo preguntado voluntariamente,—concluye,—á D. Pedro Cevallos al despedirse de S. E. si prevendria algo á la Junta sobre la conducta que debia observar con los franceses, me respondió que aunque la comi-

Todos se sentían dominados por una profunda consternación, y cada cual manifestaba sus opiniones respecto á la línea de conducta que debía seguirse, con el fin de conjurar los males que amenazaban á la nación.

Ya no habia remedio: el peligro era inevitable, y sólo debia pensarse en conjurarlo.

Algunos de los concurrentes optaron por la determinación concluyente de hostilizar al extranjero.

Pero si este deseo estaba en el corazón de todos, en la razón de la mayoría se presentaban también los inconvenientes de tan ineficaz como peligrosa determinación.

El capitán D. Pedro Velarde fué, sin embargo, uno de los que se declararon en el primer sentido.

Volvió á hablar de las medidas preventivas que habia aconsejado á Ofarril cuando aun era tiempo, de la conveniencia de poder disponer con facilidad de las escasas tropas (unos 2 ó 3.000 hombres) que permanecían en Madrid; y con estas pequeñas fuerzas disciplinadas y el pueblo bien armado y distribuido convenientemente, para lo cual habia contado con el repuesto de los almacenes, empeñar la ofensiva.

—Sin embargo,—añadió,—soy de opinión que despues de apoderarnos de las municiones, armas y alguna artillería, é inutilizando aquellas piezas que fuera preciso dejar al enemigo, abandonásemos los muros de la villa para no

sion no comprendia en este punto, podia decir que estaba acordado por regla general, que por entonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario que resultasen funestas consecuencias contra el rey, el señor infante y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se arriesgaba descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado para sacudir el yugo de la opresion.»

aumentar el número de desgracias que pudieran sobrevenir en una lucha encarnizada dentro de las mismas calles. Pero sobre todo, señores, sobre todo, si quisiéramos un primer éxito probable, preciso es contar con las tropas, con las escasas tropas existentes en la población.

El capitán D. Luis Daoiz, que hasta entonces había escuchado en silencio las opiniones así de su compañero Velarde, como las de todos cuantos acalorada ó friamente trataron del asunto,

—Amigo mío,—dijo á Velarde poniendo una mano sobre el hombro de este,—ahí está precisamente lo que más me arredra: tú cuentas como un medio muy fácil, sencillo, con disponer de esos 2.500 á 3.000 inermes soldados, y no recuerdas que sus jefes tienen la orden de no permitir, bajo su más estrecha responsabilidad, que un solo individuo salga para nada de sus cuarteles, los cuales debemos considerar tan prisiones como para el rey Fernando y el infante lo está siendo ya la ciudad de Bayona.

—En cuanto á eso, teneis razon, capitán;—afirmó el teniente Ruiz adelantándose hasta Daoiz,—sobre mi batallón pesa esa orden terminante.

—Ya lo ves,—continuó Daoiz,—y Vds., señores,—añadió dirigiéndose á los demás,—comprenderán que puestos los jefes de las respectivas fuerzas en el imperioso deber de cumplir con la ordenanza, mal podrán faltár á ella despreciando lo que en más precio tiene un militar bien subordinado y pundonoroso.

—¿Y qué hacer entonces?—preguntó Velarde con invencible despecho.—En el caso de que el pueblo se amotine, ¿le dejaremos entregado á su suerte?

—La pregunta de Velarde está muy en su lugar.—Observó el de M...

re Daoiz contestó:

—De ninguna manera dejaremos, á no haber perdido el corazon y la honra, que el pueblo se lance indefenso y solo á un conflicto: todos nosotros, y yo el primero si es posible, acudiremos á dirigirle, á sacrificar con la mayor economía su sangre, su preciosa sangre, peleando á su lado hasta morir; pero eso y no otra cosa podemos hacer por nuestra parte, y aun así, señores, al obrar de ese modo quebrantaremos la órden que se nos ha impuesto de no hostilizar, ni siquiera provocar á los franceses, en particular ó generalmente. De todos modos,—añadió,—¿creéis que obtendremos, en tal y tan precaria situacion un éxito decisivo contra esas huestes compactas, bien armadas y disciplinadas? (1) Decid, señores, decidlo; y si creéis que á pesar de mis temores y de tantas dificultades puede aun organizarse algo, yo os doy mi palabra de despreciar las órdenes que se me tienen comunicadas, si de este modo, hollando por un momento la ordenanza, consigo salvar la salud y la dignidad de nuestra querida pátria.

Todos guardaron profundo silencio ante las maduras y reflexivas quanto patrióticas razones del experimentado capitán.

Solamente uno de entre los concurrentes se adelantó á emitir una opinion contraria á la de Daoiz.

Pero si el lector quiere que le digamos el nombre del impugnador, forzoso nos será retroceder dos horas.

(1) En Madrid, dentro del mismo casco habia una division de infanteria y una brigada de caballeria mandadas por el general Musnier; y además numerosas fuerzas de la guardia imperial de á caballo y de á pié. Fuera, pero inmediatos á la poblacion, hallábanse acantonados otros 28 ó 30.000 franceses, distribuidos entre Chamartin, Casa de Campo, Fuencarral, Pozuelo y convento de San Bernardino.

Asimismo tendremos que introducirnos nuevamente en la cámara de Joaquín Murat, donde este conversa con una persona que frecuenta su trato hasta la intimidad.

El que conversaba á la hora que decimos con el lugarteniente de Napoleón, era el solícito amigo de Godoy, el amante de Eugenia de Montenegro, la desnaturalizada madre de la infeliz María: por decirlo de una vez, era el titulado barón del Pino.

Lo que vamos á reseñar es por demás repugnante, pero debemos ser fieles en la confección de nuestra historia, siquiera esto forme un doloroso é inmediato contraste.

El duque de Berg permanecía arrellanado en un profundo sillón, delante de su lujosa mesa de despacho.

El barón del Pino, de pié, en actitud vergonzosamente contemplativa y respetuosa, decía á Murat:

—Puedo asegurar á V. A. I. que á pesar de todo y del respeto que deben imponer los ejércitos imperiales, se maquina un alzamiento, que de un momento á otro podía sorprenderos, gran duque.

—Pero eso es una locura, barón;—respondió Murat desdeñosamente,—si tal maquinan esas pobres gentes, ¡vive Dios que están á mal, muy á mal con sus vidas!

—Y sin embargo, monseñor, es la pura verdad; y si fuese posible que V. A. se disfrazase, le sería fácil asistir á la reunión que esta noche celebra en su casa el hombre más inquieto y revoltoso de Madrid.

—¿Quién?... ¿el conde de M... tal vez?...

—El mismo.

—¡Pero ese hombre está loco y quiere tentar á Dios!

—Pues no es él solo: á la reunión asisten otras personas cuyos nombres no dejarían de asombrar á V. A.

—Decidme esos nombres, barón.